

El futuro de AFI: El desafío de la iglesia en Sudamérica

Por Carlos Mraida

Estamos siendo convocados en esta ocasión para pensar en nuestro futuro como AFI, y su misión frente a la iglesia en cada continente. A mí me ha tocado despertar la reflexión de ustedes, sobre cuál es el futuro de la iglesia en nuestro continente latinoamericano y el desafío para nosotros hoy.

Cuando preparas tu valija, ¿la haces pensando en el clima del lugar donde vives o en el clima que hay a dónde vas? Si vas a Nueva York en invierno, aunque yo no sepa a dónde vas, si miro tu valija yo sé que vas a un lugar frío.

¿Qué está en nuestra maleta, en la de la iglesia de Sudamérica, en la del liderazgo de la iglesia Sudamérica? Si alguien viene hoy y abre la valija ¿qué ropa encuentra, la ropa que usamos para estar donde estamos o la ropa que necesitamos para el lugar donde vamos? ¿Hacia dónde Dios quiere que vayamos como iglesia?

Obviamente responder a esta pregunta excede ampliamente a lo que yo pueda decir. Creo que Dios nos tiene que dar en encuentros como éstos una perspectiva profética. Para que nadie me malinterprete, entiendo lo profético como una aproximación que intenta alcanzar una comprensión sistémica del futuro, basada en:

1. Lo que la Palabra de Dios dice, anticipa, profetiza.
2. El conocimiento del pasado. El pasado profetiza.
3. El reconocimiento y comprensión del presente, de tal manera que nos ayude a trazar tendencias y proyectar posibles escenarios.
4. La revelación. Lo que el Espíritu Santo le está hablando a la iglesia de manera más específica en este tiempo y en este contexto, anunciando lo nuevo que Dios está haciendo y hará. La perspectiva cristiana no acepta el determinismo, y además creemos en la intervención nueva de Dios en cada momento de la historia. Amos 3.7: *Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.*

Y ¿para qué este ejercicio profético? Lo profético no es conocer el futuro sólo para anticiparnos, amoldarnos lo mejor que podamos. Ni siquiera es prioritariamente para planificar mejor. La intención de lo profético es la transformación de la realidad conforme a lo que la Palabra y el Espíritu nos están diciendo.

El futuro, no aparece, el futuro lo creamos hoy. Si aquí hay un liderazgo representativo, somos nosotros los que determinaremos buena parte del futuro de la iglesia. Esa creación presente del futuro la realizamos a partir de lo que creemos, es decir, de la perspectiva teológica que tengamos, y de lo que hacemos, la perspectiva misionológica. Ambas perspectivas determinan lo que somos hoy y lo que seremos.

En realidad, creo que deberíamos hablar de los futuros de la iglesia, más que del futuro. Tenemos que pensar en las 3 P del futuro. Un primer futuro es el posible. Un segundo futuro es el probable. Y el tercer futuro es el preferible.

I. El futuro Posible:

En cada momento de la historia y en todo lugar sólo hay dos posibles modelos de iglesia. Jesús dijo: *No hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado (Juan 2.16).*

La iglesia como casa del mercado es una iglesia cautiva de la cultura de su tiempo, y por lo tanto imposibilitada de transformar su cultura. Iglesia es la expresión corporativa de una cultura. O somos expresión de la cultura del Reino, que es la Cultura del Padre, o somos expresión de la cultura del mercado. En el discipulado de las nuevas generaciones tendremos que elegir alguno de estos dos modelos. Estamos en el mundo, pero no somos del mundo.

Cuando confundimos inculturación con adaptación cultural, caemos en la cautividad cultural, imposibilitados de transformar la realidad.

II. El futuro Probable:

Las tendencias nos marcan que hoy la iglesia se perfila en América del Sur, más como casa de mercado que como casa del Padre. Algunas características que describí más ampliamente en mi presentación de hace unos años titulada: *Reino, Iglesia y Sociedad*.

- La cultura del mercado es la cultura narcisista. Esta visión de la realidad también ha afectado a los creyentes con una religiosidad centrada en el yo, con un cristianismo sin conversión, con un cristianismo de autoayuda. Antes se hablaba de los convertidos, pero hoy se habla de creyentes. Porque la gente no busca cambiar, sino busca sentirse bien. Por eso hoy tenemos en todo el continente un 50 % de los evangélicos que no se congregan. Y una de las causas es la decepción que la gente sufre ante las pruebas de la vida. Jesús lo anticipó en la parábola de los 4 terrenos. Pero es el resultado de haber sido vacunados de un evangelio centrado en el yo, y cuando Dios no responde a las expectativas del yo, entonces me alejo.
- La cultura del mercado es la cultura del hiperindividualismo. Luc Ferry ha llamado a nuestro tiempo la época del "ultraindividualismo", Pascal Bruckner lo ha bautizado como "superindividualismo". Lipovetsky ha calificado este período de "segunda revolución individualista" ó paso del individualismo limitado al individualismo total. Y esta perspectiva individualista de la fe, conduce a iglesias en donde la gente se convierte en asistentes que vienen a tener un culto privado, intimista: "Dios y yo". Cientos de individuos que adoran aisladamente sin registro del otro, sin discernir el Cuerpo de Cristo, que vienen a buscar bendiciones individuales haciendo de la casa del Padre, casa del Mercado.

Pero en la casa del Padre los adoradores adoran al Padre, como familia del Padre, bien conscientes, que no se puede amar a Dios, si no amamos al hermano. Las leyes del mercado enfatizan el yo, pero Dios es nosotros. El gran problema de la iglesia como casa del mercado que afirma el individualismo, es que se ahonda el sentimiento de orfandad. Porque no conocemos al Padre, y no vivimos la experiencia de ser familia del Padre.

- La Cultura del Mercado es la del entretenimiento. Industria número uno. Todo tiene que ser divertido. A los predicadores ya no se los presenta más, como un hombre de Dios, sino como un comunicador dinámico. La gente cambia de iglesia según el show de la plataforma. Cuando hacemos de la Iglesia, la casa del mercado, sólo somos asistentes.

Hoy una gran movilidad de creyentes de iglesia en iglesia, según el show que se les da. Decimos: "Me gustó mucho la adoración, no me gustó el pastor. Sí estuvo bueno". Gustó. Estuvo bueno. Son las mismas frases para cuando vas al cine o al teatro. Porque la iglesia está cautiva de la cultura del show. La cultura del show que los pastores le promovemos a la gente, focalizando todo en los metros cuadrados mágicos, llamados plataforma. Mostrándonos nosotros como una suerte de rockstars, produciendo eventos, donde los cantantes son más importantes que los que traen la Palabra y forman a la gente, donde la gente define a la iglesia por lo que pasa en el escenario, y lo que hacen 15 personas, y no por la vida de comunidad y el impacto que eso provoca en la ciudad.

- La cultura del mercado es la del materialismo. Y eso mismo penetró en la iglesia. Predicadores que por TV predicán el evangelio de la prosperidad, y que para poder alcanzarla manipulan a la gente para que den. Cuando Jesús tuvo que condenar la idolatría, no habló de Baal, ni de Astarté, sino de Mamón. Y dijo que no se puede servir a dos señores. Porque Mamón, te exige devoción, sometimiento, obediencia religiosa, cambio del mensaje.

Porque Mamón se aprovecha de mi falta de sanidad emocional, y me envuelve en proyectos faraónicos, para que yo sienta que estoy haciendo algo grandioso, que me haga sentir lo importante que no me siento. Y lo que sigue es que el proyecto faraónico te termina consumiendo el ministerio, y tenés que dejar de ser fiel al mensaje, porque tenés que hablar de otra cosa, a ver si levantás el dinero para el proyecto. No es que la levantan para sí. En la mayoría de los casos se trata de gente bien intencionada que persigue llenar su vacío, su falta de identidad, su autoestima dañada con logros a los que Dios no los llamó.

- La cultura del mercado es la del consumismo. Y el consumismo es sólo una forma de intentar llenar vacíos. Los jóvenes adictos al éxtasis nos dicen que sus padres consumían cosas que nunca llenaron el vacío, así que ellos decidieron consumir éxtasis a ver si eso los llenaba. Y el consumismo llegó también a la iglesia casa del mercado. La gente llega y busca recibir. "Bendíceme, dame, lléname, minístrame a mí, dame el programa que yo necesito, el culto que me gusta a mí". Eso se llama consumismo espiritual.

Pero la iglesia no es un dispenser que alimenta el consumismo, y que sigue dejando a las personas vacías. Como nos dijo el año pasado Eddy Leo: cristianos Dráculas, vampiros, vienen a chupar, y a demandar más y más porque nunca se satisfacen. Y por eso van de iglesia en iglesia. La Casa del Mercado genera no miembros del cuerpo, sino clientes. El cliente nunca tiene un compromiso puro. La mentalidad del clientes es ir a donde le den la mejor calidad al menor precio. Cuando eso ocurre tienes al cliente, pero apenas otro le da un servicio mejor o un precio menor, cambian. Pero Jesús enseñó que nunca te sentirás satisfecho hasta que des.

III. El futuro Preferible:

Es el que debemos crear hoy, con nuestras decisiones de que la iglesia sea una expresión de la cultura del Reino, y sea Casa del Padre, y no casa del Mercado. Y aquí es donde todos nosotros tenemos un rol clave. Porque si no discipulamos a las nuevas generaciones en función de ese futuro preferible, sólo tendremos el probable. El que lamentablemente las tendencias nos están marcando, y cada vez más seremos casa de Mercado.

1 Corintios 12.4-6: *Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. 5 Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. 6 Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.*

El fin de la década del 60 trajo la recuperación de los dones del Espíritu Santo. La década de los 90 trajo la recuperación de los 5 ministerios de Cristo de Efesios 4. Nosotros tenemos que ser la generación que recupere las operaciones del Padre.

Estamos llamados a encarnar en nuestra generación la paternidad de Dios, haciendo las operaciones del Padre, es decir, las obras del Padre.

Juan 14.10-13: *Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. 11 Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. 12 De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. 13 Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.*

El pasaje nos dice varias cosas:

- Las obras de Jesús eran las del Padre.
- Las obras del Padre hechas por Jesús demostraban su unidad perfecta.
- Jesús se fue el Padre, por ende no puede seguir haciendo las obras del Padre en la tierra. El obrar del Padre hoy se encarna por medio de la iglesia, llamada a hacer las obras del Padre.
- Cuando la iglesia manifiesta la Paternidad de Dios, realiza obras mayores que Jesús, porque completa su ministerio, porque la iglesia es la plenitud, de Cristo, su completamiento.

La iglesia es la plenitud de Cristo: *y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, 23 la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Efesios 1.22-23).*

Navidad es la encarnación de Cristo. Pentecostés es la encarnación del Espíritu Santo. Necesitamos ahora, la encarnación del Padre.

El Espíritu Santo fue derramado en los postreros tiempos para que la iglesia encarne la paternidad de Dios en el mundo, siendo Casa del Padre, y de esta manera poder realizar las obras mayores, que son las operaciones del Padre. Creo que a todos nosotros, nos han sido encomendadas las obras mayores, la encarnación de la Paternidad de Dios.

No tiene que ver primeramente con dones, o con ministerios, sino con una cuestión actitudinal. Yo tengo que mostrar el corazón del Padre, con mis dones, con mi ministerio. Tenemos que expresar las obras mayores. ¿Por qué son mayores?

Porque el mandamiento mayor es el amor a Dios y al prójimo. Porque el camino más excelente es el del amor, si me falta eso, mis dones maravillosos y mi ministerio reconocido es como platillo que solo hace ruido. Porque el mayor en el Reino es el que se hace niño para relacionarse con Dios como Padre, para poder expresar luego esa paternidad.

Las obras del Padre, son las mayores, porque lo único que la iglesia le puede dar a la gente que el mundo no le puede dar es amor, interés genuino por el otro, escucha, abrazo.

Sólo algunos de los innumerables desafíos para la iglesia de nuestro continente:

1. El desafío de terminar en Sudamérica con el sentimiento de orfandad en la vida de los pastores de una vez por todas. Todos necesitamos paternidad ministerial. Necesitamos generar una red de pastoreo de todos los pastores en cada ciudad. Que todos tengamos un pastor a quien recurrir cuando lo precisemos.
2. El desafío para los pastores de Sudamérica de volver a ser padres de la gente. No CEOs de multinacionales religiosas, no showmans, sino padres cercanos de la gente. Que amen y enseñen a vivir. Expresiones de la paternidad de Dios.
3. El desafío de hacer de nuestras congregaciones casas del Padre y no casas del mercado. Y ese 50 % de los creyentes que hoy no se congregan (en Argentina es el 66%) regresarán cuando la casa se llene del amor del Padre.
4. El desafío de ser padres ministeriales de jóvenes pastores, que sientan como Salomón que su padre David provee todo lo que tiene en su tesoro personal para levantar a su hijo como rey y que cumpla con la misión superando a su padre.
5. El desafío de que América Latina esté bajo la autoridad del Padre Celestial, y no de patronos ni madres.
6. El desafío de levantar una nueva generación de liderazgo paterno para América Latina, no paternalista ni populista, que enseñe a la gente la cultura del esfuerzo, del trabajo, como lo hizo Lutero hace 500 años.
7. El desafío de fortalecer la congregación local, para que llegue a ser una comunidad alternativa, la familia del Padre. En Sudamérica, gracias a Dios, se ha crecido mucho en la conciencia del Reino de Dios, y en países como Argentina, se ha crecido mucho en el concepto de que en cada ciudad hay una sola iglesia. Pero se ha lastimado mucho a la congregación local, especialmente entre las generaciones jóvenes. Basta de profetas de protesta contra la iglesia y vengan los profetas de propuestas.
8. El desafío ante una América Latina necesitada de transformación, que adormece a la gente con entretenimiento convirtiéndola en espectadora y no protagonista de los cambios, para que no se revele a las realidades injustas, pastorear a las nuevas generaciones en un discernimiento constante que nos ayude a ser una iglesia inculturada pero no domesticada. Basta de profetas modernos y vengan los profetas transformadores. Que integren lo tecnológico, lo artístico, lo comunicacional, como elementos importantes para generar contacto con el mundo de hoy, pero que los usen no para un show que hace de los cristianos asistentes y no protagonistas de un cambio colectivo, estableciendo la contracultura del Reino, y hagan de la iglesia casa del Padre.
9. El desafío ante un continente de padres ausentes y millones de huérfanos, pastorear a las nuevas generaciones en la Paternidad de Dios, y la Iglesia familia de Dios, cuerpo de Cristo, frente al evangelio no bíblico individualista, privatizado e intimista, norteamericanizado y macdonalizado. Toda la Biblia está escrita para un pueblo, no para individuos. Y los individuos nos podemos apropiarnos de las promesas que están allí en la medida que seamos parte de ese pueblo. La iglesia es casa del Padre, familia de Dios que sana a la gente de su orfandad conectándola con el Padre y su familia.
10. El desafío ante un sistema que cada vez más gira hacia la supervivencia de los más fuertes y del "sálvese quien pueda", pastorear a las nuevas generaciones

en un evangelio no de autoayuda sino de ayuda a los demás. En Argentina, por ejemplo, para mentorear a más de 1.100.000 jóvenes que hoy ni trabajan, ni estudian, para erradicar la pobreza estructural de nuestras naciones, la corrupción enquistada en nuestra sociedad. El sentido de la vida no está en sentirse bien, sino en cumplir el propósito transformacional de Dios.

Que la nuestra sea la generación que recupere las operaciones del Padre, las obras mayores, ministerios que encarnan la paternidad de Dios y de una iglesia que será la casa del Padre para entronizar sobre América Latina a nuestro Dios como Padre.

La esencia del evangelio es la Paternidad de Dios. Dios se revela a sí mismo, como Padre. Jesús es el camino al Padre. El Espíritu Santo intercede diciendo Abba Padre. Y el diablo se nos presenta como padre de mentiras. Porque la paternidad es la clave de la vida. La raíz de todos los problemas espirituales, emocionales, materiales.

Las obras mayores, el gran avivamiento que viene, el de los últimos tiempos nos es prometido cuando el corazón de los padres se vuelve hacia los hijos y el de los hijos hacia los padres.

Si hoy abrimos la valija de la iglesia hoy, no veremos la ropa de hacia dónde vamos, sino que veremos que la mayoría estamos con la ropa de donde hoy estamos. Por eso hoy Dios quiere llenar nuestras valijas de su paternidad, porque nosotros vamos a hacer las obras mayores, las obras del Padre.